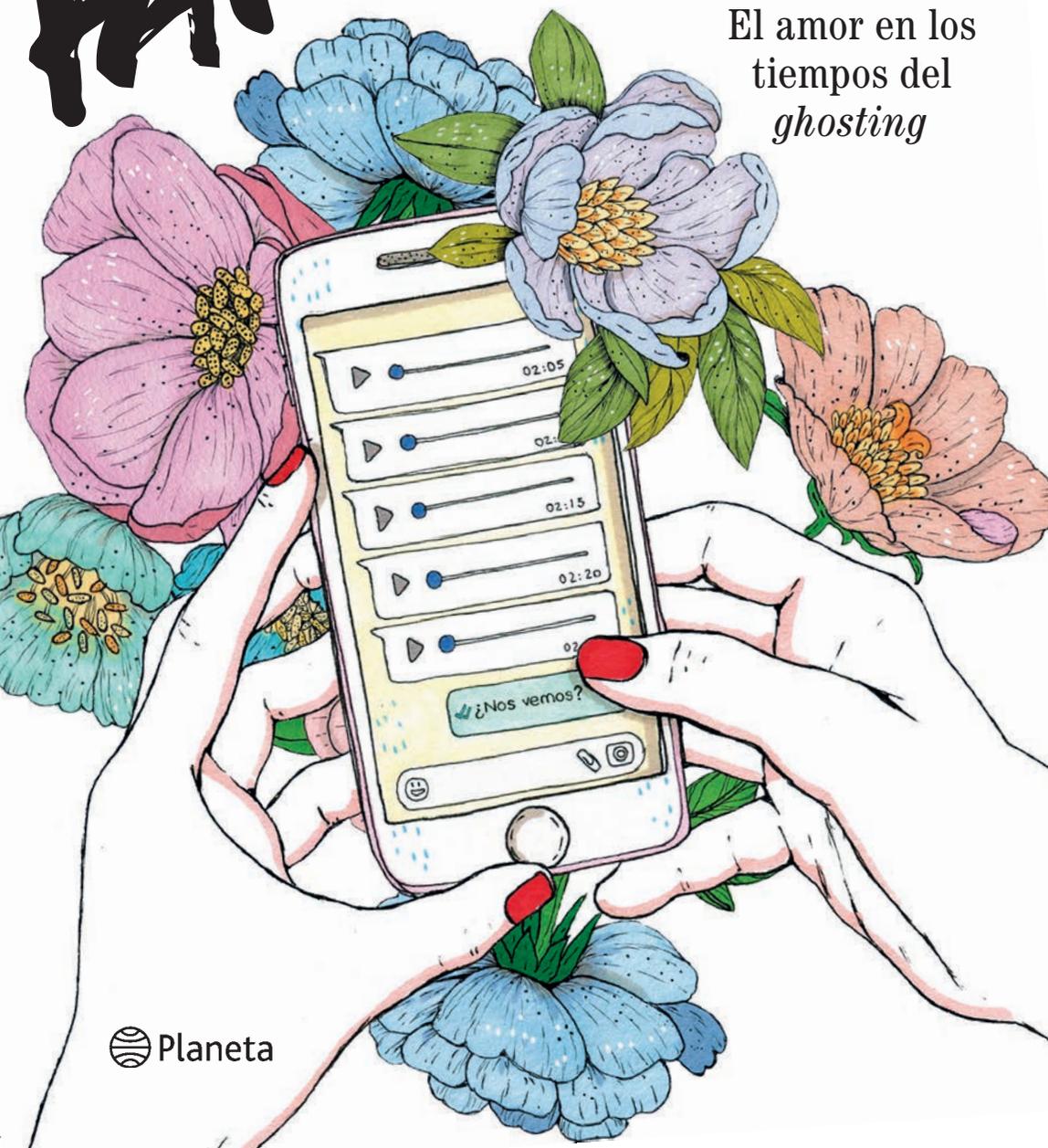


Dolly Alderton

FANTASMAS

El amor en los
tiempos del
ghosting



DOLLY ALDERTON

FANTASMAS

El amor en los tiempos del *ghosting*

Traducción de Anna Valor Blanquer

 Planeta

Título original: *Ghosts*

© Dolly Alderton, 2020

© por la traducción, Anna Valor Blanquer, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 306: © *The Lady in Red*, 1986 UMG Recordings, INC., compuesta e interpretada por Chris de Burgh.

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-08-24009-9

Depósito legal: B. 2.475-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Vivir en uno de los barrios de urbanizaciones de las afueras de Londres no fue más que un acto de pragmatismo para mis padres. Siempre que les preguntaba por qué decidieron irse de East London a las afueras, ellos apuntaban a la funcionalidad: era un poco más seguro, se podían comprar unos metros más de casa, estaba cerca de la ciudad, estaba cerca de muchas autopistas y también tenía colegios cerca. Hablaban de irse a vivir a Pinner como si hubieran estado buscando un hotel que estuviera cerca del aeropuerto para coger un vuelo por la mañana temprano: era cómodo, anónimo, sin muchos líos, no tenía nada de especial pero cumplía su función. No había nada donde vivían mis padres que les aportara placer sensorial o fuera motivo para el entusiasmo, ni las vistas, ni la historia del lugar, ni los parques, ni la arquitectura, ni la gente, ni la cultura. Vivían en las afueras porque allí les quedaban las cosas cerca. Habían construido su hogar y, por lo tanto, sus vidas, sobre los cimientos de la comodidad.

Cuando estábamos juntos, Joe siempre usaba el hecho de ser del norte contra mí en las discusiones para demostrar que era más auténtico que yo, que él tenía los pies en la tierra y que, por lo tanto, era más probable que tuviera razón. Esa era una de las cosas que menos me gustaban de él: su capacidad de externalizar su integridad a Yorkshire por vagancia, para que las conno-

taciones poéticas que le otorgaban los mineros y los páramos hicieran todo el trabajo por él. En las primeras etapas de la relación, me hacía sentir como si hubiéramos crecido en dos galaxias distintas porque su madre había trabajado de peluquera en Sheffield, mientras que la mía era recepcionista en Harrow. La primera vez que me llevó a casa de sus padres —una casa modesta con tres dormitorios en una urbanización a las afueras de Sheffield—, me di cuenta de la mentira que me había contado. Si no hubiera sabido que estaba en Yorkshire, habría jurado que íbamos conduciendo entre las casas con fachadas de piedra proyectada y ventanas emplomadas que había en el espacio entre el final de Londres y el principio de Hertfordshire, donde yo había pasado la adolescencia. La calle sin salida donde vivía Joe era igual que la mía, las casas eran las mismas, tenía la nevera llena de los mismos yogures con compota de frutas y del mismo pan de ajo precocinado. Había tenido una bici igual que la mía con la que se había pasado los fines de semana de la adolescencia de un lado a otro por las calles con casas con tejados rojos idénticos, igual que había hecho yo. Se había destapado el secreto.

—No vuelvas a hacer como si hubiéramos tenido infancias completamente distintas, Joe —le dije cuando volvíamos en tren a casa—. No vuelvas a hacer como si formarás parte de una canción norteña de Jarvis Cocker sobre estar enamorado de una mujer con delantal. Ya no estás en esa canción más de lo que yo lo estoy en una cien por cien londinense de Chas & Dave. Nos hemos criado en urbanizaciones idénticas.

Durante los últimos años, me había dado cuenta de que echaba de menos la familiaridad de mi casa. Las calles principales que conocía bien, con su alta densidad de clínicas dentales, peluquerías y casas de apuestas y la ausencia absoluta de cafeterías que no fueran de alguna cadena. El largo rato caminando que

había desde la estación hasta casa de mis padres. Las mujeres que llevaban todas la misma media melena, los hombres que se estaban quedando calvos, los adolescentes vestidos con sudaderas con capucha. La ausencia de individualismo; la pacífica conformidad con lo mundano. La juventud se había convertido pronto en edad adulta —con su lista diaria de decisiones con las que confirmar quién era, a quién votaba, cuál era mi proveedor de banda ancha— y regresar al lugar de mi adolescencia por una tarde me parecía irme de vacaciones al pasado. Cuando estaba en Pinner, podía volver a tener diecisiete años otra vez, solo por un día. Podía hacer como si mi mundo fuera pequeño y mis decisiones no tuvieran consecuencias y las posibilidades que tenía por delante fueran amplias e ilimitadas.

Mi madre abrió la puerta, como siempre, de un modo que enfatizaba de forma manifiesta que tenía una vida muy ocupada. Me dedicó una sonrisa ladeada a modo de disculpa sosteniendo el teléfono fijo inalámbrico con el hombro contra la oreja.

—Lo siento —gesticuló con la boca, sin emitir sonido, y puso los ojos en blanco.

Llevaba unos pantalones de punto negros que no eran lo bastante estructurados como para ser pantalones de vestir, no eran lo bastante apretados como para ser mallas y no eran lo bastante holgados como para ser pantalones de pijama; con una camiseta gris jaspeada de cuello redondo e iba adornada con su capa básica de joyería: pulsera gruesa de oro, un solo brazalete fino y rígido, pendientes de perla, collar de oro de cadena de serpiente y anillo de boda de oro. Supuse que venía de hacer algún tipo de ejercicio físico o se iba ahora; mi madre se había obsesionado con hacer ejercicio desde que había cumplido los cincuenta, pero a mí me parecía que no le había cambiado el

cuerpo ni medio kilo. Estaba envuelta en una capa posmenopáusica mullida, con una pequeña papada debajo de la barbilla, el centro del cuerpo más grueso, la carne desbordándole por encima de la parte de atrás del sujetador, visible a través de la camiseta. Y estaba preciosa. Era ese tipo de belleza de grandes ojos bovinos que no es enormemente apasionante, pero evoca un magnetismo familiar en todo el mundo, como una hoguera o un ramo de rosas de ese mismo color o un cocker spaniel rubio. Su media melena de un castaño café, aunque entrecortada por mechones grises, tenía un volumen exquisito, y los reflejos dorados brillaban bajo la luz de la lámpara de techo de IKEA. Yo no había heredado de mi madre casi nada de mi aspecto.

—Sí, vale —dijo a través del teléfono mientras me hacía señas para que pasara al recibidor—. Muy bien, bueno, pues tomemos un café la semana que viene. Mandadme las fechas y ya está. Te traeré ese kit para aprender tarot en casa que te comentaba. No, para nada, en realidad puedes quedártelo. Es de la teletienda, bastante fácil. Vale, vale. Ya hablamos, ¡adiós! —Colgó el teléfono y me dio un abrazo antes de apartarme un poco y examinarme el flequillo—. Esto es nuevo —añadió mirándolo con curiosidad, como si fuera la tercera palabra vertical de un crucigrama.

—Sí —respondí mientras dejaba el bolso y me quitaba los zapatos (todo el mundo debía quitarse los zapatos al entrar, y la norma era más estricta aquí que en la Mezquita Azul)—. Me lo corté antes de mi cumpleaños. Pensé que podría irme bien para tapar mis arrugas de treinta y dos años en mi frente de treinta y dos años.

—No digas tonterías —dijo apartándolo con cautela—. Para eso no te hace falta llevar una fregona en la cabeza, solo un poco de base que cubra bien.

Sonreí. No me había ofendido, pero tampoco me había he-

cho gracia. Ya me había acostumbrado a que a mi madre la decepcionara lo poco femenina que había salido su hija. Le hubiera encantado tener una niña con quien poder ir a comprar ropa para las vacaciones y charlar sobre tónico facial. Cuando éramos adolescentes y Katherine venía a casa, mi madre le ofrecía sus joyas y bolsos viejos y se ponían a mirarlos como dos amigas de compras en unos grandes almacenes. Se enamoró profundamente de Lola cuando se conocieron, por el único motivo de que a las dos les encantaba el mismo iluminador.

—¿Y papá?

—Leyendo —me informó.

Miré al otro lado de las puertas acristaladas de la sala de estar y vi el perfil de mi padre sentado en su sillón verde botella, con los pies sobre el reposapiés y una gran taza de té en la mesita que había junto al sillón. El mentón marcado y la nariz larga —un mentón y una nariz que también eran los míos— sobresalían como si estuvieran compitiendo en una carrera para llegar a la misma línea de meta.

Entre mis padres había una diferencia de edad de diecisiete años. Se habían conocido cuando él era el vicedirector de un instituto público en el centro de Londres y la agencia de secretarías de mi madre la mandó allí para que hiciera de recepcionista. Ella tenía veinticuatro, y él, cuarenta y uno. Y la diferencia entre sus caracteres era tan grande como su diferencia de edad. Mi padre era sensible, dulce, curioso, introspectivo e intelectual; no había casi nada que no le interesara. Mi madre era práctica, proactiva, logística, directa y autoritaria. No había casi nada en lo que no se involucrara.

Me tomé un momento para observarlo desde el otro lado de las puertas acristaladas. Desde allí, seguía siendo mi padre, el de siempre, leyendo *The Observer*, listo para hablarme de dónde va a parar la basura en China o para contarme diez cosas que

puede que no sepas sobre Wallis Simpson o para explicarme la grave situación del halcón en peligro de extinción. Mi padre, el que me reconocía —no mi cara, sino todo lo que yo era— en un nanosegundo: el nombre de mi amiga imaginaria de la infancia, el tema de mi trabajo de final de la carrera, el personaje que más me gustaba de mi libro preferido y los nombres de todas las calles en las que había vivido. Cuando lo miraba a la cara ahora, veía, sobre todo, a mi padre, pero a veces veía algo más en sus ojos que me inquietaba: a veces parecía que todo lo que antes comprendía había quedado hecho añicos y él estaba intentando recomponer cada uno de los trocitos en un *collage* que tuviera sentido.

Mi padre había sufrido un ictus hacía dos años. Solo un par de meses después de haberse recuperado, nos dimos cuenta de que no lo había hecho del todo. Mi padre, siempre tan ingenioso e intelectual, estaba más lento. Se le olvidaban los nombres de los familiares y amigos cercanos. Menguó su confianza relajada y su capacidad de tomar decisiones. Si salía de casa a menudo se iba a andar por ahí y se perdía. Muchas veces no se acordaba de en qué calle vivía. Al principio, mi madre y yo lo achacamos a que su cerebro estaba envejeciendo, porque éramos incapaces de afrontar la posibilidad de que fuera algo más serio, pero un día mi madre recibió una llamada de un desconocido diciéndole que mi padre había estado dándole vueltas a la misma rotonda grande y concurrida durante veinte minutos. Finalmente, alguien había conseguido que parase el coche a un lado de la rotonda. Él no tenía ni idea de por dónde se suponía que debía salir. Fuimos al médico de familia, que le hizo varias pruebas físicas, evaluaciones cognitivas y resonancias magnéticas. La posibilidad que nos temíamos se confirmó.

—Hola, papá —lo saludé mientras caminaba hacia él.

Él alzó la vista del periódico.

—¡Hola! —contestó.

—No te levantes. —Me agaché para darle un abrazo—. ¿Algo interesante que contarme?

—Hay una nueva adaptación para el cine de *Persuasión* —me dijo mostrándome la reseña.

—Ah, la Austen de los intelectuales.

—Exacto.

—Voy a ayudar a mamá con la comida.

—Vale, cariño —respondió antes de reabrir el periódico y recolocarse en la postura tranquila que yo conocía tan bien.

Cuando entré en la cocina, mi madre estaba cortando arbolitos de brócoli que se iban amontonando al lado de una pila de rodajas de kiwi. De un altavoz salía la voz fuerte y lenta de una mujer que hablaba sobre amoldarse al deseo sexual masculino.

—¿Qué es? —quise saber.

—Es el audiolibro de *Intercourse*, el ensayo sobre relaciones sexuales de Andrea Dworkin.

—¿Cómo? —pregunté bajando un poco el volumen.

—Andrea Dworkin. Es una feminista famosa. Puede que te suene, una chica grandota pero sin mucho sentido del humor. Es una mujer muy inteligente, es...

—Sé quién es Andrea Dworkin. Quería decir que por qué estás escuchando su audiolibro.

—Para «Leer entre viñas».

—¿Así le has puesto al club de lectura que me comentaste? Suspiró exasperada y sacó un pepino de la nevera.

—No es un club de lectura, Nina, es un salón literario.

—¿Qué diferencia hay?

—Pues —dijo con una mueca de hartazgo que no conseguía esconder la alegría que le producía tener que explicarme, una vez más, la diferencia entre un club de lectura y un salón literario.

rio— algunas de las chicas y yo hemos decidido empezar un encuentro bimensual para discutir ideas más que para hablar solamente del libro, así que es algo mucho menos prescriptivo. Cada salón tiene una temática, y la aprovechamos para conversar, leer poemas y compartir experiencias personales que estén relacionadas con ella.

—¿Cuál es la temática del siguiente?

—La temática es: «¿Todas las relaciones heterosexuales son violación?».

—Vale. Y ¿quién irá?

—Annie, Cathy, Sarah del club de *running*, Gloria, su primo gay Martin y Margaret, la que es voluntaria como yo en la tienda de ropa de segunda mano. Cada uno llevará un plato. Yo haré pinchos de *halloumi* —me explicó mientras se llevaba la tabla de cortar a la batidora y metía todo el surtido de frutas y verduras dentro.

—¿Por qué ese interés repentino por el feminismo?

Apretó el botón de la batidora, que soltó una cacofonía de zumbidos al machacar los trozos de fruta y verdura y convertirlos en un potingue verde claro.

—Yo no sé si lo llamaría repentino —gritó por encima del rugido eléctrico. Apagó la batidora y se sirvió el líquido con aspecto fibroso en un vaso de medio litro.

—Qué bien, mamá —cedí—. Creo que es genial que estés tan ocupada y tengas tanta curiosidad.

—Pues sí —convino—. Y soy la única con una habitación libre, así que les he dicho que podemos usarla para los encuentros de «Leer entre viñas».

—No tienes ninguna habitación libre.

—El despacho de tu padre.

—Papá necesita el despacho.

—Y seguirá estando ahí para él, pero no tiene sentido que

haya una habitación entera en esta casa que solo se use a veces, como si viviéramos en el palacio de Blenheim.

—¿Y sus libros?

—Los pondré en las estanterías de aquí abajo.

—¿Y sus papeles?

—Todo lo importante lo tengo archivado. Hay muchas cosas que se pueden tirar.

—Déjame echarles un vistazo, por favor —le pedí con un ligero quejido de niña borde—. Pueden ser importantes para él. Pueden ser importantes para nosotras más adelante, cuando necesitemos todo lo posible para refrescarle la memoria, para que recuerde...

—Claro, claro —dijo. Tomó un trago del batido y las aletas nasales se le abrieron con repulsión—. Está todo arriba en unos cuantos montones, lo verás en el rellano.

—Vale, gracias —respondí, y le dediqué una sonrisa apagada como ofrenda de paz. Sin que se me notara, hice una respiración profunda de yoga—. ¿Qué más ha pasado?

—Nada, la verdad. Ah, he decidido cambiarme el nombre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—*Nancy* nunca me ha gustado, está demasiado anticuado.

—¿No crees que es raro cambiártelo ahora? Todo el mundo te conoce como *Nancy*, es demasiado tarde para que cuaje otro nombre.

—Estás diciendo que soy demasiado vieja.

—No, solo digo que, seguramente, la primera semana de secundaria habría sido un momento más adecuado para cambiarte el nombre que a los cincuenta y tantos.

—Pues he decidido cambiármelo, he investigado cómo se hace y es muy fácil, así que lo tengo claro.

—Y ¿qué nombre vas a ponerte?

—Mandy.

—¿Mandy?!

—Mandy.

—Pero... —Hice otra respiración profunda de yoga—. *Mandy* no se aleja tanto de *Nancy*, ¿no? Hasta riman un poco.

—No, qué va.

—Sí, se llama rima asonante.

—Sabía que te ibas a poner así. Sabía que encontrarías la manera de aleccionarme como haces siempre. No tengo ni idea de por qué esto tendría que molestarte lo más mínimo, yo solo quiero que me guste mi nombre.

—¡Mamá! —contesté suplicante—. No te estoy aleccionando. No puede ser que no entiendas que es algo bastante raro que soltar así, de repente.

—No es de repente, ¡siempre te he dicho que me gustaba Mandy como nombre! Siempre siempre te he dicho lo estiloso y divertido que me parece.

—Vale, es estiloso y divertido, tienes razón, pero otra cosa que habría que considerar... —Bajé la voz—. Es que puede que no sea el mejor momento para que papá se haga a la idea de que la que es su mujer desde hace treinta y cinco años tiene un nombre completamente diferente.

—No digas chorradas, es un cambio muy fácil —me dijo—. No tenemos por qué darle tantísima importancia.

—Solo conseguirás confundirlo.

—Ahora no puedo seguir hablando sobre esto. He quedado con Gloria para una clase de yoga *vinyasa*.

—¿No vas a comer con nosotros? He venido hasta aquí para comer con vosotros.

—Hay mucha comida en esta casa. Y tú eres cocinera, al fin y al cabo. Volveré dentro de unas horas —me dijo mientras cogía las llaves.

Regresé a ver a mi padre, que seguía absorto en el periódico.

—¿Papá?

—Dime, Habita —contestó al tiempo que volvía la cabeza hacia mí.

Sentí la alegría y el alivio de que usara mi apodo infantil. Como todos los buenos apodos de la infancia, tenía muchas variaciones enrevesadas y sin sentido. Lo que empezó siendo Nina Bean (que significa ‘habichuela’), por la rima con mi apellido, se convirtió en Mr. Bean, Bambeanie, Beaniebean, Bean a secas, Habichuela y, finalmente, Habita.

—Mamá ha salido, así que haré yo la comida dentro de un rato. ¿Qué te parece comer *frittata*?

—*Frittata* —repitió—. ¿Qué es exactamente?

—Es algo entre una tortilla y una quiche. Como si una tortilla se arreglara para salir.

Se rio.

—Fantástico.

—Primero voy a mirar unas cosas arriba y luego la prepararé. ¿Quieres una tostada para no quedarte sin energía? ¿U otra cosa?

Lo miré a la cara y me arrepentí enseguida de no haberle hecho una pregunta más fácil. En general, seguía siendo totalmente capaz de tomar decisiones rápidas, pero, a veces, veía que se quedaba perdido entre las posibles respuestas y deseaba haberle ahorrado la confusión diciéndole: «Tostada, ¿sí o no?».

—Puede ser —contestó frunciendo un poco el ceño—. No lo sé, esperaré un poco.

—Vale, tú avísame.

Arrastré las tres cajas y las metí en mi habitación, que no había cambiado desde que me había ido de casa hacía más de

una década y parecía la reproducción de un museo de cómo vivía una chica en la primera mitad de los 2000. Paredes de color lila, *collages* de fotos de amigas del instituto en el armario y una hilera de pulseras de festivales deshilachadas y grisáceas que Katherine y yo habíamos coleccionado juntas colgando del espejo. Revisé los papeles sentada en el suelo. La mayoría señalaban una época concreta o planes que había hecho mi padre, pero no evocaban sentimientos ni relaciones: trozos de páginas de agenda con citas con el dentista, calendarios lectivos de finales de los noventa y pilas de periódicos viejos con noticias que debieron de parecerle interesantes. Saqué cartas y postales del montón de la basura: una postal extensa de su hermano ya fallecido, mi tío Nick, en la que se quejaba con letra apretada de lo aceitosa que era la comida de Paxos; una postal de uno de los exalumnos de mi padre en la que le daba las gracias por haberlo ayudado con la solicitud de ingreso en Oxford y que iba acompañada de una foto suya radiante el día de la graduación delante del Magdalen College. Mi madre tenía razón: mi padre no necesitaba todas aquellas reliquias de mundanidad; aun así, yo entendía su predisposición a aferrarse a ellas. Yo también guardaba cajas de zapatos llenas de entradas de cine de las primeras citas con Joe y facturas de suministros de pisos en los que ya no vivía. Nunca supe por qué eran importantes, pero lo eran; me parecían pruebas de la vida que había tenido, por si llegaba un momento en el que las necesitara, como si fueran el carné de conducir o el pasaporte. Puede que mi padre siempre hubiera anticipado, de alguna manera, que debía fijar el paso del tiempo en papel, en hojas de agenda, cartas y postales, por si la información que llevaba en la cabeza se le borraba algún día.

De pronto, oí el chillido penetrante de la alarma antiincendios. Bajé a toda prisa por las escaleras siguiendo el olor a quemado. Mi padre estaba de pie en la cocina, tosiendo mientras

sacaba páginas de *The Observer* con los bordes calcinados de las ranuras de la tostadora humeante.

—¡Papá! —grité por encima del pitido estridente y afilado agitando las manos para dispersar el humo—. ¿Qué haces?

Me miró sobresaltado, como si acabara de despertarse repentinamente de un sueño. Subían hilos de humo desde el trozo chamuscado de periódico doblado que tenía en la mano. Miró la tostadora y luego otra vez a mí.

—No lo sé —me dijo.